

Alejandro Menéndez y Acebal

ANTONIO PORRUA Y FERNANDEZ DE CASTRO

BIOGRAFIA

COMO MILITAR Y COMO POLÍTICO

—DE—

D. ALEJANDRO MENENDEZ Y ACEBAL

CON UN PRÓLOGO

DEL ANTIGUO MILITAR Y PERIODISTA

SR. D. ANTONIO VACARO

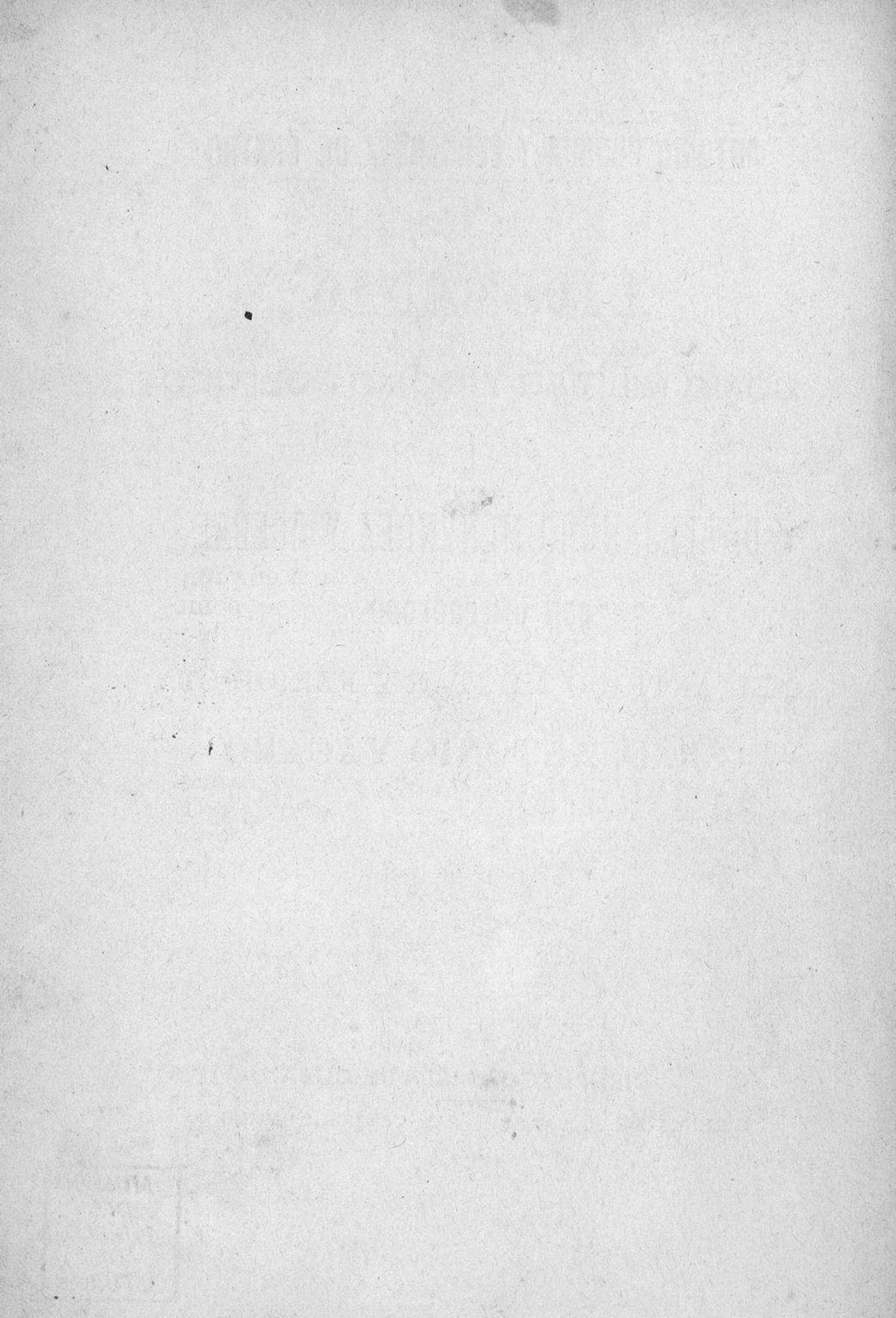


CIENFUEGOS. - ISLA DE CUBA.

IMPRENTA DE B. VALERO, SAN CARLOS NUMERO 83.

1897

MUSEO
DEL
PUEBLO
DE
ASTURIAS



PRÓLOGO.

Por primera vez en mi vida, dudando mucho acertar, pidiendo perdón y únicamente por ser quien son ellos—dos amigos del alma—me arrojé á emprender la obra, en la cual no sé como empezar, de poner un prólogo á la biografía de Alejandro Menéndez Acebal escrita por Antonio Porrúa y Fernández de Castro; dos inteligencias claras, dos escritores atildados y correctos, los cuales espero disimularán lo malo en gracia de la intención; que bien quisiera el que estos mal perjeñados renglones escribe ser un Menéndez Pelayo, para emplear su saber portentoso en hacer resaltar el reconocido mérito de ambos.

Notable en todos conceptos la biografía de Alejandro Menéndez, que lo ha sido como militar, como periodista y como voluntario, su falta se hacía sentir cuando tantas se han escrito; y más, cuanto escrita por la delicadeza y la corrección en persona, Antonio Porrúa, tenía que resultar lo que ha resultado, lo que son todos los escritos de nuestro querido licenciado, honra

del foro de la Isla de Cuba, una obra maestra de corrección y delicadeza.

Hijo de un patriota y eminente soldado de la antigua Guardia Real de Infantería que peleó en la guerra civil de los siete años, defendiendo los derechos de la reina Isabel y aún vive para gloria y contento de su familia y amigos, don Alejandro Menéndez Acebal, asturiano de buena cepa, heredó de su padre el valor y la constancia á toda prueba que le caracterizan; y valiente y consecuente ha sido toda su vida y lo será hasta su muerte, como lo es su venerable padre D. Estéban, duro como el hierro de sus montañas, español como aquellos que defendieron la causa de la reconquista española; como los que pelearon durante más de siete siglos teniendo por inmutable objetivo la reconstrucción de la amada pátria y por enseña el *Lábaro* de Constantino, la Cruz de los Angeles con el santo lema *In oc signo vinces* y plantaron en la torre de la Vela la bandera de Castilla y Aragón, por los católicos reyes D. Fernándo y D^a Isabel.

Como no hago su biografía, solo diré que Alejandro, ya militar, esponía diariamente su vida en la primera guerra separatista, y cuando podía aspirar á hacer una carrera en que habría encontrado de seguro provecho y honra, la dejó para entregarse á tareas más pacíficas, lo cual no fué obstáculo para que desde luego se hiciera voluntario, y manejando alternativamente la espada y la pluma, lanzara á la publicidad, con todo el beneplácito de los buenos, los escritos integristas y valientes que tanto le han honrado, mientras se llenaba de gloria en el Varadero, apo-

derándose y defendiendo con un puñado de hombres un alijo insurrecto de armas y municiones, y cumplía como bueno y como cristiano socorriendo á los enfermos y heridos, siendo distinguido miembro de la Cruz Roja, con cuya honrosa placa, que adorna su pecho, acredita sobradamente los piadosos y caritativos sentimientos que le adornan.

Alejandro Menéndez Acebal ha justificado que sirve para todo en su ya larga y espinosísima carrera, y un biografiado tal bien merecía el escritor que le ha tocado en suerte que, más jóven que él, es tambien un hombre de privilegio, y á la vez uno de los dichosos de la tierra que tienen la gloria de poder honrar á su padre, cuidarlo y llenarlo de caricias, agradeciéndole entre otras muchas cosas, el haberle hecho heredero de sus virtudes, de su rectitud y de su consecuencia.

¿Qué más podrá decír en este desdichado prólogo quien lo emprendió con miedo conociendo su insuficiencia y debiendo preceder á Antonio Porrúa, cuya corrección y elegancia es notoria? Pedir, como en los sainetes antiguos, perdón por las muchas faltas perpetradas, y aconsejar á los jóvenes principiantes deseosos de acertar, que traten de parecerse á los dos queridos amigos de quienes me he ocupado, en lo patriotas, en lo decididos y en lo cultos, sobre todo cuando, como en el caso presente, Antonio Porrúa, el *chico* querido, escriba la biografía de alguna persona notable.

A. Vacaro.

HE esto hace muchos años, yo no sé cuantos; es un recuerdo que conservo borroso en mi memoria, en ese inmenso arsenal de grandes acontecimientos y de hechos insignificantes que el hombre vá amontonando durante su vida, y del cual, de cuando en cuando, al revolver el montón informe, surge alguno entre la polvareda que siempre se levanta en los desvanes, falto de líneas, como envuelto en la espesa polvareda que el tiempo ha ido depositando sobre aquel mundo de trastos viejos, de valor inmenso unos, rotos y desvencijados è insignificantes los más.

Estábamos reunidos los de costumbre, al redor del que entonces era solo D. José Perterra; pequeníssima parte de sus amigos y admiradores, los que nos reuníamos todos los días y á la misma hora en aquella mesa del café Unión, que hoy, cada vez que la veo sola, abandonada, llena de polvo también, casi siempre, del polvo que arrastra el viento en la calle, y que entra en columnas espesísimas por la ancha puerta, me hace pensar en aquel pasado tan dichoso; en aque-

llos amigos tan queridos, de los cuales gran parte han muerto; muchos están enfermos hoy, y alejados de nosotros, y los demás nos vemos de cuando en cuando por esas calles de Dios, saludándonos de prisa, al paso, sin detenernos, como si temiéramos que al cruzarnos la palabra fuésemos ha hablar de aquellos amigos desaparecidos, de aquellos días pasados para no volver y tuviésemos miedo de evocar recuerdos alegres, que nos traerían la idea de un presente triste.

Allí estaban además de Pertierra, entonces en toda su fuerza, en toda su energía, en el momento en que sus colosales facultades, su gran talento, y su incomparable acción se mostraban más poderosas, Prieto de Castro, aquel gran talento, con la sonrisa de la bondad eternamente estereotipada en sus labios; Costa y Valdelomar, tres que nos han abandonado; Soto, un vivo muerto en la actualidad, y otros varios cuyos nombres recuerdo, porque nos reunimos durante bastante tiempo en aquella peña inolvidable, que me hace no olvidarme nunca de ellos. No recuerdo de qué hablábamos, pero sin temor á equivocarme podría asegurar que hablábamos de política, es decir, Pertierra, Prieto, Costa y Soto, hablarían, y como de costumbre, los demás los escucharíamos con religioso silencio.

En esto entró en el café Alberto Menéndez, acompañado de un hombre de agradable presencia, muy sério, eso sí, muy correcto en el vestír, y de aspecto militar. Alberto nos lo presentó á los que estábamos en la mesa: "Mi hermano Alejandro," dijo: nos estrechámos las manos, con

esa frialdad que reina siempre en una presentación de café; siguió á la presentación el movimiento de arrastre de sillas, para dejar espacio en el corro á los recién venidos, y la conversación volvió á enredarse.

A las once, álguien se levantó el primero, anunciando que era la hora de almorzar; nos levantamos todos, volvimos á estrechar la mano del recién venido, y salimos cada cual por su lado.

Yo no volví á ver á Alejandro; me había sido simpática su figura, había oído hablar de él como periodista de grandes vuelos, como español de tomo y lomo, y como hombre decidido á toda empresa.

Desde aquel día y sin darme cuenta de ello, uno de los periódicos que buscaba con interés entre el inmenso montón de los que llenaban la mesa de lectura de la redacción de *Las Villas*, era el *Diario de Cárdenas* que dirigía Menéndez, y muchas veces me quedé sin leerlo, porque Costa ó Soto, que siempre andaban á caza de cosas buenas, lo habían secuestrado, y ya no era posible arrancarlo de sus manos, usando como usaban la eterna disculpa de: “por ahí andará” sin que anduviese por otra parte que por sus bolsillos.

Pasaron los años; desapareció aquella antigua redacción de *Las Villas*, no quedando de ellas más que los más insignificantes; los que nada valíamos, Alberto Menéndez y yó; siguieron á esto hechos de personal periodístico que no hay porqué recordar, y un día supe que Alejandro Menéndez venía á Cienfuegos, no sé si á ha-

cerse cargo de la dirección de uno de los periódicos que ya existían ó á fundar otro nuevo.

Empezó la lucha, una lucha sorda, contenida por fórmulas de buena educación, en términos corteses, pero en la que á cada momento saltaban chispazos que demostraban la actitud de los contendientes, hasta que un día la O García, nos reunió á todos en un fraternal almuerzo, y de aquel almuerzo salieron las nuevas *Villas*, que nosotros deseábamos fuese continuación de aquellas antiguas, tan queridas de nosotros y que en la historia periodística de algunos formaban su más brillante página.

Allí nos dimos por segunda vez las manos Alejandro y yó; pero entonces, nó con la indiferencia de aquella primera que nos las dimos en el café, sin conocernos, sin pensar siquiera en que algún día llegaríamos á ser verdaderos amigos, hermanos en profesión, dos en uno en nuestros pensamientos y en nuestra política y en nuestros ideales.

Y desde aquel día del almuerzo, empecé à conocer al hombre, hasta entonces desconocido por mí; y en nuestras íntimas conversaciones contóme su historia, y al planear los artículos, y al discutir las cuestiones, *sobre el tapete*, conocí sus talentos, y tantas hermosuras encontré en aquella vida de español en Cuba, soldado de una idea á la que todo lo ha pospuesto, desde la vida hasta la fortuna; tantos heroismos hallé, ignorados por la mayoría como yo los ignoraba, y tanta penetración y tantos conocimientos encontré arrebuajados en su cerebro previlegiado, que me pareció que no debían virtudes tantas y tanto va-

limiento seguir ignorados, y me decidí á escribir, por estenso, una biografía de este hombre, que despues de todo no será más que una de las biografías de españoles de Cuba, que debieran publicarse para que vean los políticos y periodistas de allá, lo que son y lo que hacen, y lo que piensan esos que novísimamente hase dado en llamar esplotadores, y de cuya lealtad hasta ha llegado á dudarse.

Documentos vivos de esos esplotadores debieran presentarse, para despues de escritos miles de volúmenes, mandárselos á los Mauras, los Gamazos y á los Morets y con la comprobación de lo dicho, demostrarles los graves errores en que han incurrido al juzgar hombres que no conocen, y que muchos no podrán nunca comprender.

Quizás los hechos políticos nos separen pronto, que hoy nada puede augurarse para el porvenir; quizás el torbellino presente que nos envuelve en su vertiginoso giro, nos arrastre á él y á mí, en direcciones contrarias; quizás pequereces, minucias de criterio nos distancien, y por eso quiero aprovechar este instante para hacer aquello que como útil y necesario y justo creí hace tiempo que debía hacer.

No puedo escribir la biografía de Alejandro Menendez con la riqueza de detalles que yo quisiera, con los documentos que yo deseara presentar, porque mi deseo ha tropezado con su modestia, que es piedra berroqueña, contra la que se rompe la mayor constancia, y á la que no abate el halago, pero aunque así sea, y aunque algo me falte, sóbrame con lo que tengo para hacer justicia á uno de los españoles en Cuba

UÉ gran satisfacción experimentará usted cuando á solas medite sobre la hermosura de esos sagrados deberes que á diario cumple.”

Estas palabras, que son el mayor elogio que de un hombre puede hacerse, se las dirigía en una carta semi oficial, el Presidente de la Comisión Ejecutiva de la Cruz Roja, D. Jesús Pando y Valle á Alejandro Menéndez.

Y á pocos hombres como á Menéndez cuadran bien estas palabras. No tiene en su historia una mancha, y su vida ha sido en parte dedicada á servir un ideal grandioso, la Pátria, con la pluma y con las armas, no habiendo grande hecho con que no se haya entusiasmado y al que con su entusiasmo no haya llevado su aplauso y óbolo, ni desgracia que como propia no haya sentido y que no haya tratado de aliviar hasta donde sus fuerzas le permitieran. Educado en la desgracia, herido desde sus primeros años por ella, su vida, en otra parte, presenta el hermoso espectáculo del sacrificio por la familia, del trabajo rudo que ennoblece y del que el hombre puede sentirse orgulloso. Y esa es su vida: trabajo

constante, con días muy negros y muy tristes, y con muy pocas horas de júbilo y satisfacción. Y á pesar de ello, Menéndez, enérgico como pocos, no ha flaqueado un día; quizás se ha sentido desfallecer algunos instantes, en esas horas en que los más valientes sienten el desaliento; en esos días en que las grandes injusticias hacen asomar las lágrimas á los ojos del calumniado. Pero á pesar de que esos instantes habrá habido en su vida, ha sabido vencerlos, ha sabido dominarlos, primero, allá en su juventud, convencido de que los suyos lo necesitaban; más tarde, ayer y hoy, porque su conciencia le gritaba que su deber era, que su Pátria le exigía luchar con sus enemigos, hasta vencerlos ó morir por ella.

Nacido en Gijón, fuè su padre D. Estéban Menéndez y Tuya: hombre entusiasta, enamorado de la libertad, de regular posición, de talento no común y de grande energía, en aquella época en que hablar de libertad era dictarse á sí mismo una sentencia de muerte, trabajó por ella despreciando los peligros, y en el club con su palabra elocuente, y en la barricada con sus armas, la defendió y combatió por ella al lado de los hombres que hoy más figuran, siendo uno de ellos, pidiéndoles todos consejo, y viendo llevadas á la práctica casi todas sus proposiciones; ídolo del pueblo unas veces, perseguido otras por los sectarios de las ideas contrarias, en aquella época de convulsiones, en aquel momento horrible de transición porque pasó España, D. Estéban Menéndez lo dió todo por la libertad, su fortuna y su persona, llevando á su hogar las angustias que tales acontecimientos, que vida tan accidentada, tenía que llevar.

Sus hijos eran entonces chicos, y Alejandro Menéndez fué en aquella ocasión, y en los momentos más difíciles consuelo de su madre, y sosten de su familia.

Despues vino el triunfo, la hora del reparto de destinos, pero D. Estéban Menéndez, el del buen consejo, el puritano, el que defendia ideales y no persiguia elevadas posiciones, quedóse sin puesto en aquel reparto que él miraba con desprecio.

Alejandro Menéndez fué entonces de todo, y sobre todo cajista, hasta que cayó soldado y como soldado vino á Cuba, á esta tierra en la que ha escrito las páginas de una vida de la que puede mostrarse con sobrada razón satisfecho, y por la que no debe temer ese día terrible para todo hombre, en que el Supremo Juez le tome cuenta de sus actos, porque podrá contestarle: Yo he sido bueno y honrado, y los hombres buenos y honrados tienen su sitio señalado en ese mañana terrible, para la mayor parte, á la derecha de Dios Padre.

Como nacieron sus ideas sobre norma de su conducta en Cuba, lo ha dicho el mismo Menéndez en un bellissimo discurso pronunciado en la constitución de la Juventud Constitucional de la Habana.

En aquella oración que era hermosísima, porque ingénua tenía que serlo, decía Menéndez á los que se habían reunido:

“Cuando vine á Cuba me enviaron à la manigua y el primer grito que oí fué el de *¡Muera España!* Hasta entonces había creido encontrar republicanos en el campo; pero al ver que

“eran enemigos de España, comprendí que aquí
“no cabía más que un partido, el español, para
“colocarse frente al separatismo, y desde enton-
“ces empleé mis escasas fuerzas en defender á
“España.”

Así surgió su convencimiento, como de igual manera, ó de manera, por lo ménos, muy parecida, se ha forjado el todos los que aquí llevan tantos años luchando á favor de la integridad de la Pátria; y una vez nacida en él tal idea, empleó todas sus fuerzas, no escasas como con modestia decía, sino de verdadero coloso, y todos sus talentos, á servir á aquel grande ideal de la Pátria.

Y sirviéndolo ha sido soldado, ha sido periodista, ha iniciado suscripciones para remediar cuantos males á la Pátria aquejaban; ha constituido en Cuba la Cruz Roja, esa santa institución que todo hombre honrado debe venerar, y ante cuya insignia todo hombre bueno debe descubrirse, y en tantas y tantas manifestaciones de su vida, tal se ha mostrado, que le han valido que un desconocido le escribiese aquellas palabras que ántes transcribía:

“¡Qué gran satisfacción sentirá Vd. cuando
“á solas medite sobre la hermosura de esos sagra-
“dos deberes que á diario cumple”!



OMBRE enérgico, decidido, emprendedor, sin apocamientos de ánimo, é indiferente por la vida, cuando de jugarla se trata por algo grande y nobilísimo, el batallar constante, el luchar cara á cara, la acción de guerra es la nota dominante de su carácter; y de aquí que su aspecto militar sea uno de los aspectos más brillantes de su vida en Cuba.

Aquí, bien se comprende esto; no tanto allá donde el hombre, desde que suelta el fusil que pone en sus manos la Pátria en esa contribución de sangre que los peninsulares pagan, ó desde el instante en que la suerte pone en sus manos el número *fuera de cupo*, que es la suprema aspiración de los mozos, no se ocupan más que de sus faenas agrícolas, ó de sus bufetes ó escritorios, en los dias de trabajo, ó de sus teatros, sus reuniones, sus romerías y danzas de gaita y tamboril en los festivos.

Pero aquí en Cuba no sucede eso, no se presenta la vida tan riente, tan alegre, tan fácil; no nos rodean hermanos y amigos que piensen en cuestiones de nacionalidad, como pensamos noso-

tros, y de aquí que hombres como Menéndez, junto á su bastón de paseo, tengan su espada, en los momentos que sus fatigas diarias lo permiten, en vez de á honestos entretenimientos, tenga que dedicar sus horas á ejercicios militares, ó á servicios de guarnición; y cuando la guerra arde, cuando el grito de “Muera España” resuena en las espesuras de los montes, y los traidores disparos de las armas enemigas sorprenden á nuestros soldados en las lindes de las enmarañadas maniguas, entonces, esos hombres, no ya en la hora del descanso, sino hasta en aquellas mismas en que el trabajo les reclama, tienen que dedicarse á operaciones militares, en que las fatigas suelen superar á la gloria, y la propia satisfacción al ageno aplauso.

Menéndez es un militar forjado en los campamentos: en nuestra primera guerra, enamorado de la noble misión del soldado, creyendo que los españoles de Cuba debemos imitar á aquellos guerrilleros anónimos que se hicieron inmortales en nuestra Pátria, combatiendo en aquella época gloriosísima que se conoce con el nombre de la guerra de la Independencia, ellos, sin instrucción militar y sin armas, con el ejército más disciplinado del mundo y mejor provisto de pertrechos, se hizo voluntario.

Cayó soldado, abandonó su hogar del que había sido hasta entonces escudo y sosten, entre las lágrimas de su madre, y quizás, quizás los sollozos de alguna garrida gijonesa de cuyo corazón fuera dueño, y vino á Cuba, llena la mente de las ideas modernísimas, y deseando luchar por España y dar por ella su vida.

Y de 1871 á 1881, de soldado á alfèrez graduado prestó sus servicios, los penosos servicios de una ruda campaña en un clima mortífero, y con un enemigo traidor y cobarde sí, pero esperado para las emboscadas y la huida.

Y Menéndez habla de aquellos dias suyos, dias de fatigas y de penalidades, con el entusiasmo del que recuerda una època feliz, una època gloriosa.

De punta á punta recorrió en aquella època la Isla; el fusil al hombro, cruzando los estrechos y difíciles senderos que aquí tenemos por hermosos caminos; los profundos rios de aguas turbias, en cuyas hondas engañosas tantos han encontrado la muerte. Y à punto de perecer estuvo en una de estas marchas, y grande rasgo fué el suyo en uno de aquellos dias. Trataba su columna de pasar el rio Contra Maestre hácia la Sierra Maestra; era Menéndez simple sargento, y marchaba en su puesto; habían pasado ya dos ó tres compañías y otras dos estaban en medio del rio, cuando éste, nuevo mar Rojo al paso de las tropas de Faraon, creció de repente, haciendo presa en unos cuantos rezagados. Verlo Menéndez, y arrojarse al rio, todo fué uno. En vano fué que desde la orilla le gritasen que volviera á tierra, no lo hizo hasta que despues de haber salvado varios soldados y un oficial, recibió fuerte golpe dado por uno de los gruesos troncos que en su súbita crecida arrastraba el rio, y echando sangre por la boca tuvo que tomar la orilla.

El jefe de la columna, cuyo nombre desconozco, y apuntaría con gusto, por si alguien quisiera evacuar la cita, propuso á Menéndez por tan her-

mosa acción, para la Cruz de Beneficencia, pero el General Polavieja, y aquí sí que recuerdo el nombre, y puede preguntárselo quien quiera, devolvió la propuesta para que el sargento Menéndez solicitase en instancia la gracia á que era merecedor.

Cuando se le notificó al valiente sargento la resolución, contestó, con ese orgullo que es nobleza: yo no quiero recompensas; hago lo que debo y nada más; si algún dia me creen digno de premio, que me lo den, pero yó no solicito gracias.

Si fuese à enfrascarme en relación de hechos como este; si fuese á relatar, aunque no fuese más que algunos de los detalles que le acreditan de bravo y de caballero en aquella vida azarosísima, no tendría este trabajo las cortas dimensiones de un folleto, sino de un tomo de más que regular tamaño.

Yo he oído contar, y no al mismo Menéndez que no es muy dado á relatar propias proezas, uno de esos actos, en que el valor se demuestra, uno de esos actos, que parecen naturalísimos, de los que todos solemos creernos capaces, y que sin embargo son prueba inequívoca de frialdad ante la muerte, de verdadero valor.

No sé en que acción fué, quizás en aquella célebre de la toma del campamento del Macío, de Guillermón y Maceo. Llovían las balas, y estaba Menéndez con un compañero suyo esperando la órden de ataque. Sentíase el silbido del remington, casi constante, rozando á los lados de la cabeza, y de los árboles vecinos caían segadas á cada instante, hojas y ramas, como si los prime-

ros vientos del invierno las azotasen. En esto empezaron á caer hombres, como antes ramas y hojas, y no tardó unos minutos que cayera el compañero que Menéndez tenía á su lado, y el sargento, sin moverse de su sitio, sin inclinarse siquiera, dió las órdenes convenientes para que otros recogieran el cadáver, y él siguió sin inmutarse, erguido, mirando frente á frente el sitio de donde las balas partían, desafiando á los enemigos, y presentándoles todo su cuerpo sin encorvar, por si le creían buen blanco. Momentos más tarde, Menéndez, con toda la columna, entraba en el disputado campamento.

Pero ya digo que es imposible ir apuntando, aunque sea muy á salto de mata, aquellos doce años de continuo batallar, en los que como todo soldado español, puede decirse que no pasó día sin que diese muestra de su valor, que rayaba en temerario.

En esa época, y á más de las mil escaramuzas propias de guerras irregulares y que no aparecen nunca apuntadas en una hoja de servicios, tomó parte en los fuegos de Brazo Malo y Brazo Escondido, en 1878; acción del Guayabo en Mayarí, fuego de las Coloradas y Angostinos, acciones del Palmarito, Rio Arriba, Loma de los Melones, Bosques de las Delicias, Montes de las Llanadas, y por último en la toma del campamento del Macío.

Dos años más tarde, y despues de haber llevado á cabo sin fin de operaciones, obtuvo su licencia con uso del uniforme de alférez graduado, sargento primero, con arreglo á la R. O. del 17 de Agosto de 1844.

De su campaña ¿había sacado las recompensas debidas? No lo sé, pero á las mientes se me viene que nó; muchos de aquella época, y muchos más de épocas posteriores, tienen hoy altísimas graduaciones, y Menéndez, de su campaña, de sus fatigas, no sacó más que el honor de usar el uniforme de sargento, con los ángulos de alférez.

¡Diez años de trabajos y de peligros!

Claro es, que durante aquellos diez años, debió pasar el pobre soldado, que sentía bullir en su cerebro un mundo de ideas, y latir en su pecho un corazón nobilísimo, grandes amarguras; pero ninguna debió ser tan grande como la de aquel día en que recibió su absoluta, y con el tubo de hoja de lata, al costado, se vió en la necesidad de emprender nuevo camino, de empezar de nuevo á crearse un porvenir.

Triste y desengañado, quiso renunciar para siempre á las armas, pero aquella renuncia no duró más que el espacio de veintiocho días, al cabo de los cuales, y convencido de que justa ó injustamente tratado, todo español debe esgrimirlas en defensa de España, se hizo voluntario, tomando de nuevo la profesión que dejara en el mismo punto en que la dejó, como sargento primero en la 8ª compañía del 2º Batallón de Cazadores de la Habana.

Y aquí empieza su segunda época como militar, que es quizás más brillante que la primera y en la que cuenta también brillantísimos servicios y más brillantes hechos de armas.

De 1882 en que ingresó como sargento en el Instituto de Voluntarios á 1895 en que fué nom-

brado Sargento Mayor de la Plaza de Cárdenas, sus servicios fueron muchos y meritísimos, pero á más de los servicios de guarnición, retenes y operaciones, en lo que más agradecimiento se le debe, es en el espíritu militar que supo inspirar á los Cuerpos á que perteneció, y el alto grado de instrucción en que supo colocarlos, ya como instructor en las asambleas, ya como profesor en la academia de oficiales, cargo que desempeñó, según reza su hoja de servicios, *con no usada competencia.*

En esta época obtuvo los empleos siguientes: 1882. Sargento primero durante 7 meses y 4 días; fué ascendido á alférez el mismo año, cargo que desempeñó durante 5 meses y 20 días; en 1883 fué promovido á teniente, siguiendo en este empleo durante 6 años 11 meses y 4 días, y en 1890, fué nombrado Capitan 1er. Ayudante, siéndolo durante 3 años, 3 meses y 26 días, pasando después á la clase de supernumerarios por haber sido nombrado Sargento Mayor de la Plaza de Cárdenas.

Nombrado Sargento Mayor de la Plaza de Cárdenas, y jefe de la guerrilla local formada por aquel Ayuntamiento, puede decirse que desde aquel día no dió paz á la mano, ni descanso al cuerpo, siendo uno de los más fuertes enemigos que tuvo la insurrección en aquella ciudad, que se vió durante mucho tiempo casi ceñida por los insurrectos, batiéndose muchas veces, siempre con glorioso resultado, y llevando á cabo hechos como el conocidísimo del Varadero, que bastaría por sí solo para dar nombre y fama á cualquiera que de las armas solo hubiese hecho su profesión.

Entre sus innumerables hechos merecen especial recordación el de la noche del 23 de Febrero de 1896, en la que habiéndose presentado un grupo enemigo en la calle de San José y Calzada de O'Donell, acudió el Capitán Menéndez con parte de su Guardia local, como él la llama, y fuerzas del Escuadrón Movilizado, persiguiendo al grupo con el que tuvo fuego durante un cuarto de hora en las afueras de la población.

El 25 del mismo mes, volvió á tener fuego en el callejón conocido por de Navarro, y tomados al galope los caminos que cruzaban el referido callejón, despues de un combate que duró una hora, el enemigo se retiró en precipitada fuga, dejando en poder de los nuestros, cinco caballos con monturas ensangrentadas, un caballo muerto, armas, municiones y vestidos, haciéndosele al enemigo, seis bajas.

Pero las dos acciones de mayor importancia, que bien pudieran calificarse de *pequeñas batallas*, fueron las de 26 de Octubre del 96, y la ya citada del Varadero.

El 26 de Octubre, el Comandante Militar de Cárdenas, ordenó al Capitán Menéndez saliese en auxilio de una fuerza de María Cristina compuesta de 40 individuos de tropa y dos oficiales, cuya fuerza había sido atacada impetuosamente en el potrero Vandama, teniendo que batirse en retirada por el gran número de enemigos que se presentó y cuya fuerza se posesionó del Cementerio de la ciudad, sosteniendo el ataque del enemigo. Menéndez, tan pronto como recibió la orden del Comandante Militar, salió en auxilio de aquella fuerza con seis guardias civiles de in-

fantería y seis guardias municipales; llegado al Cementerio, y encontrándose el enemigo en el mismo potrero, dispuso salir á batirlo, disponiendo la columna de ataque. Antes de romper el fuego el enemigo abandonó sus posiciones recojiéndose el cadáver del soldado Touceda que había quedado abandonado en la retirada, y caballos, monturas y municiones del enemigo, persiguiéndose después á la partida, de la cual fueron batidos algunos de los grupos en que se había subdividido.

La acción del Varadero, verdadero acto heroico de Menéndez tuvo lugar el 18 de Marzo del mismo año de 1896 y acerca de ella se lee en su hoja de servicios lo siguiente:

“Por órden del Comandante Militar de esta plaza (Cárdenas) y en virtud de estar desempeñando el cargo de Sargento Mayor, salió por mar en una lancha de vela con diez individuos de Infantería de Marina á auxiliar el destacamento del caserío de “Varadero” que estaba siendo objeto de varios ataques del enemigo al que se le apresó un valioso cargamento de armas y municiones é importantes documentos, así como tres embarcaciones de que se sirvieron los enemigos expedicionarios que desembarcaron por las playas de aquel caserío. Este Capitán, apénas llegó con los diez individuos de tropa, que fueron los primeros auxilios que recibió el destacamento de “Varadero,” que ya había sostenido cuatro acometidas del enemigo, el cual pretendía á toda costa recuperar las 135 cajas de municiones, nueve de armamentos y demás efectos que habían perdido, como medi-

“camentos, fulminantes de dinamita y ropas, tu-
“vo necesidad de atacar con desición al enemigo
“que se presentaba nuevamente por las inne-
“diaciones del fuerte. El Capitán Menéndez sa-
“lió con los diez individuos de Infantería de Ma-
“rina, armados de fusil Maüser, y haciendo fue-
“go por descargas hizo huír á los que se dispo-
“nían á atacar por quinta vez al destacamento.
“Despues de recojer un caballo con montura
“que dejó abandonado el enemigo, tomó las dis-
“posiciones oportunas para proceder al embar-
“que de todos los efectos de guerra que habían
“sido cogidos y que ya estaban dentro del fuer-
“te, porque ello constituía el constante cebo pa-
“ra entusiasmar á los enemigos de España á em-
“prender nuevos ataques. Aprovechando este
“Capitán el haberse retirado el enemigo de las
“inmediaciones del fuerte, se dió principio á la
“conducción á la lancha de los efectos dichos, ha-
“biendo practicado ántes reconocimientos por la
“playa Norte, sitio del desembarco, recogándose
“algunas cajas más de municiones y algunos ar-
“mamentos sueltos. Cuando ya faltaba poco
“para quedar todo embarcado, los centinelas que
“estaban establecidos en la playa Sur, volvieron á
“dar aviso de que se presentaba el enemigo por
“aquella parte, disponiéndose este Capitán con
“los diez individuos armados de Maüser á batir-
“los nuevamente, ordenando á su vez que no se
“suspendiese el embarque de los efectos de gue-
“rra, y dando orden al patrón de la lancha para
“que picase los cabos de amarra y se pusiese en
“franquía tan pronto viese que se generalizaba
“el ataque á nuestras fuerzas, lo cual no resultó,

“realizándose toda la operación. Despues de es-
“tar todo embarcado y habiendo llegado á Vara-
“dero nuevos refuerzos procedentes de esta ciu-
“dad, se dejó reforzada la guarnición del desta-
“camento, dándose á la vela la lancha, custodia-
“da por el Capitán Menéndez y parte de las fuer-
“zas que habian llegado nuevamente. Como el
“viento era muy escaso y además contrario para
“hacer rumbo á este Puerto, en una de las bor-
“deadas se acercó á tierra la embarcación, y
“habiéndose observado señales de luces, la fuer-
“za que custodiaba el convoy hizo fuego sobre
“la costa, desapareciendo las señales.”

El viaje de regreso á Cárdenas duró diez horas.

De aquella época brillantísima de patriota, de aquellos servicios prestados sin retribución alguna, de aquel trabajar constante con gran valor y con tanta fortuna como audacia, Menéndez recogió el cariño de sus subordinados, el aprecio de sus compañeros, y la consideración de sus superiores, valiéndole las siguientes notas de concepto:

Valor.—Acreditado.
Aplicación.—Mucha.
Capacidad.—Idem.
Conducta.—Irreprensible.
Puntualidad en el servicio.—Mucha.

INSTRUCCION.

En ordenanza.—Sobresaliente.
En táctica.—Idem.
En procedimientos militares.—Id.
En detall y contabilidad.—Id.

Y por si tales notas no eran bastantes, entre un sin fin de papeles, y comunicaciones laudatorias aparecen los cuatro certificados siguientes, que muchos darían años de vida por poseerlos, y en los cuales, como de la relación somera que va apuntada se desprende, no se hace más que estricta justicia al Capitán Menéndez.

Dicen así los certificados:

DON JOAQUIN DE LOS RIOS Y BUTRON,

Coronel Teniente Coronel del Ejército del Arma de Infantería. Comandante Militar de esta jurisdicción.

CERTIFICO: que el Capitán de Infantería Supernumerario de los del primer Batallón de esta Plaza D Alejandro Menéndez Acebal, desde el veinte y cuatro de Febrero de mil ochocientos noventa y cinco en que estalló el movimiento separatista en esta provincia, empezó á prestar los servicios de campaña que en la Plaza exigieron las circunstancias, hasta que el diez de Marzo del propio año en vista de su lealtad acrisolada, brillante aptitud militar y demás circunstancias personales y á mi propuesta le confió la Superioridad el cargo de Ayudante Mayor de la Plaza, que gratuitamente, como todos sus servicios, y celo, inteligencia é interés notorios viene desempeñando.—Dentro de esas funciones, ha asistido con notable éxito al encuentro con el enemigo en el Potrero de Pérez con fuerzas de Voluntarios, al socorro y municionamiento de un destacamento atacado cerca del Cementerio de la localidad; al Destacamento del Varadero en ocasión de rechazar gruesa partida que protegía el desembarco de una expedición filibustera; y el veinte y cinco de Febrero último en el callejón nombrado de “Navarro,” al mando de veinte Guardias Locales, batió á un grupo insurrecto al que quitó cinco caballos con monturas, matándole otro, y dejando el enemigo evidentes pruebas de bajas que tuvo por rastros de sangre que se observaron. Todos estos servicios hechos, sin desatender á la

Mayoría de Plaza y otras comisiones en que ha sido empleado.—Y cesando en mi expuesto cargo de Comandante Militar en esta fecha, extendiendo y firmando el presente, haciendo constar lo altamente satisfecho que en toda ocasión me dejó el Capitán Menéndez Acebal, en Cárdenas á treinta y uno de Marzo de mil ochocientos noventa y seis.—*Joaquín de los Ríos*.—Está rubricado.—Hay un sello que dice:—Comandancia Militar de Cárdenas.

DON SABINO HERREU DEULONDER,

Comandante del segundo Batallón del Regimiento Infantería de María Cristina número 63 y Comandante Militar de la Plaza de Cárdenas y su jurisdicción.

CERTIFICO: Que en las distintas veces que he ejercido el cargo de Comandante Militar he utilizado los servicios del Sr. Capitán de Voluntarios don Alejandro Menéndez Acebal, como Sargento Mayor de la Plaza quedando altamente satisfecho del cumplimiento de su deber; no solo por el buen desempeño de los servicios que por su destino en ella tenia á su cargo, si que tambien por los prestados en las diferentes salidas á operaciones de campaña, formando parte de la columna á mi mando como Ayudante cuando se ha ofrecido, como igualmente, cuando le he concedido el mando de fuerzas para salir en socorro de otras. En veinte y seis de Octubre del año anterior, recibió órdenes mías el Capitán Menéndez de dirigirse al Cementerio de esta ciudad, en donde se encontraban cuarenta hombres del Regimiento de María Cristina que habían sido atacados por una partida insurrecta al dirigirse á los Destacamentos, saliendo este Capitán con seis Guardias Civiles y seis jinetes de Policía Municipal, llegando á dicho Cementerio, en donde tomó el mando de la fuerza disponiendo el ataque al enemigo que se hallaba apostado como á media legua de aquel lugar, dispersándolo, dejando caballos y otros efectos que fueron recogidos. El diez y ocho del actual, intervino eficazmente á la salvación de los pertrechos de guerra apresados por el destaca-

mento del Varadero, acudiendo por mi órden á auxiliar á aquella fuerza y llegando á tiempo de poder evitar el cuarto ataque del enemigo que á todo trance procuraba rescatar la pérdida del apresamiento, ascendente á nueve cajas de armamentos, ciento treinta y cinco de municiones, veinte morrales con ropas y botes de medicamentos, dos cajas fulminantes de dinamita, documentos y otros efectos; para este servicio, acudió el Capitán Menéndez con diez soldados de Infantería de Marina, única fuerza de que se podía disponer en el momento de recibirse el parte del ataque al aludido destacamento por el enemigo: con tal refuerzo se le dispersó y embarcó la presa que fué conducida á esta Plaza por el citado Capitán Menéndez y la fuerza á sus órdenes.—Y para que conste, le expido el presente certificado en Cárdenas á treinta de Marzo de mil ochocientos noventa y seis.—*Sabino Herreu.*—Está rubricada.—Hay un sello que dice:—Comandancia Militar de Cárdenas.

DON JULIO ROMAGUERA Y OWA,
Coronel de Infantería y Comandante Militar de esta Plaza.

CERTIFICO: Que el Capitán de Voluntarios del primer Batallón de esta ciudad, Ayudante del mismo, D Alejandro Menéndez Acebal, que desempeña el cargo de Mayor de Plaza en la localidad, despues de haber llenado sus deberes en el destino que desempeña á toda satisfacción del Jefe que suscribe, durante el mando en ella, éste, no puede ménos de hacer constar que, habiéndole confiado cargos y comisiones delicadas, todas las ha desempeñado con tales grados de exactitud y buen tacto que atendiendo al modo de prestar sus servicios, se hace digno de toda estimación en sus actos militares confiados á su cuidado.—Y para que pueda hacer constar donde le convenga este concepto que le merece el repetido Jefe que firma, le expido el presente en Cárdenas á los doce dias del mes de Abril de mil ochocientos noventa y seis.—*Julio Romaguera.*—Está rubricado.—Hay un sello que dice:—Comandancia Militar de Cárdenas.

Hay un sello que dice:—Comandancia Militar de Cárdenas.

DON EDUARDO CALVO MONCADA,

Coronel del Cuerpo de Infantería de Marina. Jefe del primer Regimiento de dicho Cuerpo y Comandancia Militar de esta Plaza.

CERTIFICO: Que durante he desempeñado el mando Militar de esta Plaza del 12 de Abril á la fecha, el Capitán de Voluntarios D. Alejandro Menéndez y Acebal ha ejercido el cargo de Sargento Mayor de esta Plaza á mi entera satisfacción, demostrando un interés, celo é inteligencia en el desempeño de sus funciones dignos del mayor encomio, y auxiliándome á la vez en los trabajos de mi cargo, con buen acierto, haciéndose acreedor á mi confianza. En las ocasiones en que se ha hecho preciso disponer de fuerza armada para poner coto á los desmanes intentados por partidas insurrectas, que se aproximaban á la Plaza tanto de dia como de noche, además de sus servicios como Mayor de Plaza, por desempeñar tambien la Jefatura de la Guardia Local de esta ciudad, ha estado constantemente dispuesto á salir, con el mando de sus fuerzas, así como con cualquiera otra á la que se le asignase para defender los intereses de la Pátria, sin escatimar nunca sus servicios que ha prestado con una gran voluntad y especial desinterés, como lo ha efectuado en varias ocasiones en que ha sido preciso castigar los grupos de insurrectos que hostilizaban los puestos de defensa de esta Plaza.—Y para su satisfacción y como recomendación especial por si se tienen en cuenta un dia sus méritos y servicios, expido el presente en Cárdenas, á los veinte y nueve dias del mes de Junio de mil ochocientos noventa y seis.—*Eduardo Calvo.*—Hay otro sello idéntico al que encabeza este certificado.—Es copia.

Sus servicios, á más de estos premios, que lo son para todo aquel que como Menéndez coloca por cima de todo el cumplimiento de su deber

y la propia satisfacción, fueron también premiados por la Pátria, con cruces y condecoraciones, que ostenta con legítimo orgullo, y con la satisfacción del que puede considerarlas bien ganadas.

Está en posesión: de la Medalla conmemorativa de la campaña de Cuba con distintivo Rojo y uso de dos pasadores en la misma, como Alférez graduado Sargento primero del Ejército. Cruz Roja de 1.^a clase del M. M. según Real Cédula de 18 de Abril de 1881, siendo Alférez graduado Sargento primero del Ejército. Cruz del M. M. de 1.^a clase con distintivo blanco por el natalicio de S. M. el Rey (q. D. g) Don Alfonso XIII. Medalla de Constancia con un pasador, Cruz Roja de 1.^a clase del M. M. por la acción del Varadero y Cruz Roja de la misma orden y clase, pensionada.

Pero no solo por su historia que es honrosa y por los servicios prestados con las armas en la mano, puede considerarse Menéndez acreedor al respeto y la consideración de todo buen español; debele el Instituto de Voluntarios agradecimiento también, por una Cartilla de Voluntarios, obra pequeña, condensación de nuestras sábias ordenanzas, obra de utilidad y necesidad para todo el que vistiendo el uniforme de Voluntario, quiera saber cumplir los graves deberes que aquel uniforme le impone.

Visto el libro, parece cosa sencilla, fácil, y cualquiera créese en aptitud de escribir otro como aquel. Pero si algo hay difícil en este mundo es el condensar, cuando esa condensación ha de ser algo valioso; y si algo hay difícil de condensar, tiene que serlo en grado sumo, leyes co-

mo nuestras ordenanzas, por todos reconocidas como sábias, y de las que cada palabra puede asegurarse que es un mundo de ciencia, y que cada una de ellas encierra un verdadero tratado de moral militar, en unos casos, de ciencia, táctica y estratégica, en otros.

De tan abultados volúmenes sacar 52 páginas, y que en ellas se encuentre todo lo que un buen voluntario debe saber, es trabajo penosísimo, y que demuestra gran conocimiento de esas mismas ordenanzas y gran conocimiento también del Instituto para el que tal libro se escribe.

El móvil que arrastró á Menéndez á hacer ese trabajo, bien claro lo espresa el mismo autor, en las consideraciones que aparecen al frente de la obra.

“El amor que á las instituciones armadas
“hemos tenido desde nuestros primeros años,
“[dice Alejandro Menéndez,] aumentado despues
“por la educación militar recibida en las filas del
“Ejército; amor que aún conservamos á pesar de
“habernos separado de aquel para ingresar á los
“pocos dias en el benemérito Instituto de Volun-
“tarios, indúcenos á acometer un trabajo que
“juzgamos de utilidad, cual es sintetizar en muy
“pocas hojas lo más esencial que se roza con el
“servicio que presta el Voluntario, á fin de que,
“los que vestimos tan honroso uniforme sepamos
“desempeñar más cumplidamente los deberes mi-
“litares que á voluntad propia nos hemos mi-
“puesto con el laudable fin de defender la Pátria,
“la que, en todo tiempo, ha sabido agradecer y
“premiar los buenos servicios que sus hijos le
“prestan.”

La prensa entera de la Isla, al publicarse el libro, se ocupó de él con elogio, y fácil nos sería transcribír aquí párrafos llenos de frases bastantes para satisfacer al autor más deseoso de aplausos; pero por tratarse de un periódico profesional, transcribiré aquí algunas de las que á este asunto dedicó *El Eco Militar* de la Habana.

“Su obra, decía el periódico habanero, es una especie de epítome de las Leyes Madres militares, de 52 páginas en octavo, escrito en estilo llano y al alcance de todas las inteligencias.”

“Con ella en el bolsillo puede marchar de servicio el voluntario, y entretenerse en las primeras horas de la guardia, por ejemplo, en su lectura, en la seguridad de que obtendrá los más indispensables conocimientos de los cometidos que le incumben, ora sea simple voluntario, ora clase, ora oficial.”

“En junta general del Cuerpo hemos visto con gusto que se acordó la impresión del trabajo por cuenta de los fondos del Batallón, que adquirió mil quinientos ejemplares; y esta es la mejor garantía que el autor debe tener de su trabajo.”

“Por nuestra parte, manteniendo siempre el criterio nuestro, enviamos nuestra enhorabuena al compañero por su trabajo, al Cuerpo por su protección, y al Instituto porque al fin obtiene beneficio con la adquisición facilísima de la obra.”



SCRITOR concienzudo y castizo, cuando
“el iris de la paz extendió sus refulgen-
“tes rayos por las feraces campiñas de
“Cuba, trocó la espada del oficial de in-
“fantería por el fusil del voluntario y la pluma
“del periodista, fortaleciendo así bajo ese doble
“aspecto las filas del instituto patriótico que
“constituye aquí el máspreciado é invulnerable
“baluarte de la integridad nacional, y las filas,
“menos nutridas, pero tanto ó más necesarias
“de los soldados de la inteligencia que en la aza-
“rosa vida del periodismo militante están siem-
“pre en campaña para defender con tesón y de-
“sinterés los mismos levantados ideales que en
“otras esferas hemos defendido y defenderemos
“siempre que necesario sea.”

.....

.....

“Afortunadamente el Sr. Menéndez reúne
“excelentes condiciones para la lucha; culto y
“comedido, noble y enérgico y con suficiente se-
“renidad para aceptar y sostener la controversia,
“sin jamás descender de las elevadas esferas en
“que ella debe agitarse, llena su misión de una

“manera cumplida y altamente honrosa para su
“buen nombre y para el prestigio de la prensa en
“general y particularmente de la de nuestro par-
“tido, en cuyas filas ocupa distinguido puesto.”

Estas palabras estampaba, ocupándose de Alejandro Menéndez Acebal, en su libro *Los Asturianos en el Norte y los Asturianos en Cuba*, el distinguidísimo escritor Sr. Elices Montes, y esas palabras son condensación del juicio que Menéndez merece como periodista y como político.

Pero si ese es el juicio exacto que de él debe formarse, para llegar á él, para conocer cuan merecido es y cuan bien ganado está, y los esfuerzos y sacrificios, y disgustos, que Menéndez pasó para llegar á que de modo tan público y notorio y elocuente se le tributase, es necesario pasar la vista por las páginas de su historia de político y de periodista, quizás no más brillantes que la de su historia militar, pero sí más llenas de tristezas, de amarguras y de sacrificios.

Empezó esta etapa de su vida formando parte de la redacción de *La Voz de Cuba* siendo director el inolvidable Rafael de Rafael y más tarde Fontanillas. Pasó á Caibarien y fuè redactor de *El Faro* del que fuè más tarde Director. En 1887. se trasladó de nuevo á la Habana siendo nombrado primer redactor de *El Asimilista*, y más tarde primer redactor también de *El Resumen*, escribiendo á la vez artículos para otros muchos periódicos, hasta que á mediados del año 1889 se trasladó á Cárdenas á hacerse cargo de el *Diario* de aquella ciudad, órgano oficial del comité local del Partido de Unión Constitucional.

La obra del periodista no queda; llevado por el amor á los ideales que defiende, latiendo en medio del bullir de los acontecimientos que le rodean, presa de la última noticia de sensación, del último hecho, de la última frase del ministro ó de la última actitud del grupo político, escribe sus artículos en que pone su ciencia toda, su alma entera, los latidos todos de su corazón, y los chispazos más poderosos de su inteligencia, y reunidos tales elementos, en un momento de inspiración febril, escribe sus artículos en medio del bullicio de la redacción, en medio del montón de periódicos que llenan su mesa, y entre los apresuramientos de regentes y cajistas. Y aquella obra de un minuto, no pensada, no labrada con trabajo, no pulida con esmero, va á las cajas, y de las cajas va á manos de los lectores que se entusiasman con las frases vibrantes, con el concepto hermoso, con el pensamiento espléndido, que se sienten un instante arrastrados por la lógica contundente, por el brillante estilo del periodista anónimo. Quizás algunos, muy pocos, preguntan el nombre del autor, la mayoría, acostumbrada al anónimo, admira la obra, y se siente seducida por ella, sin pensar siquiera que ha habido un hombre que ha trazado aquellas líneas hermosísimas.

Y apenas aquel artículo se ha publicado surge un nuevo hecho, una nueva frase, unas nuevas manifestaciones, las veinte y cuatro horas del día están próximas á terminar y hay que escribir con la misma premura otro artículo, que vuelva á caer en las manos del público, vuelve á electrizarlos haciendo olvidar el día anterior, co-

mo á éste le hace olvidar el del día siguiente.

Y al cabo de algunos meses, el periodista ha escrito artículos con los cuales podría formarse abultado é interesante volúmen, pero de los que nadie, ni él mismo, arrastrado por el inmenso torbellino de los acontecimientos que se amontonan, se atropellan y se disputan el espacio, se acuerda

Esto ha ocurrido con Menéndez, como ocurre con tantos autores anónimos, que dan al periódico su inteligencia toda, su vida entera; obreros incansables que construyen, construyen eternamente, un mundo moral, que llega á agitarse, á tener vida, á influir en la marcha de los pueblos, de las naciones, del mundo, sin que sus mismos autores se den cuenta de su obra colosal.

Recordar los artículos que el periodista Menéndez ha escrito; los asuntos que ha tratado abarcando todas las ciencias, todas las artes, imposible; traer á la palestra todos los hombres que ha hecho surjir de la nada para convertirlos quizás en ídolos del pueblo y levantarlos sobre elevadísimos pedestales, es obra, no de hombres, ni de dioses, sino de algún diablillo cojuelo, que por arte de encantamiento fuese sacando de los montones de escorias á que fueron á parar los números del viejo periódico, uno á uno aquellos que fueron devorados con avidéz un día por los lectores para ser vendidos un poco más tarde en montón, al bodeguero de la esquina, para que con ellos hiciese sus paquetes de harina ó de pimentón.

Pero si artículo por artículo no puede sacarse, sí se sabe el resultado de aquella obra de titan

que emprendió un pigmeo, y que vió coronada, en parte, con el triunfo.

El mismo ideal que nos contaba Menéndez que había visto surjir grandioso, espléndido, ante sus ojos, cuando al llegar á Cuba oyó en la cerrada manigua el primer grito de muera España, y que puso en sus manos el fusil, fuè el que puso entre sus dedos la pluma.

Y á ese ideal sirvió en *La Voz de Cuba*, y á ese ideal, sirvió llegando á las lindes del heroísmo, sino traspasándolas, en el *Diario de Cárdenas*.

Yo no me he propuesto al escribir este folleto hacerlo político, ni de controversia; apunto los hechos y nada más, aunque al apuntarlos, claro es que los veo, como tengo que verlos, al través de mis opiniones de siempre, nunca desmentidas, y jamás sostenidas con debilidad.

Era aquella época en que el partido de Unión Constitucional se veía atacado por todos lados, en que desde los representantes de la nación, hasta los parásitos de todas las situaciones, le trataban como paria; aquella época en que todas las armas eran buenas si contra él se dirijian, y en que solo los fuertes de espíritu y los que profesaban la verdadera religión del ideal que arrastra hasta el martirio, si el martirio es preciso, se atrevían á decir alto lo que pensaban, y con mucha más dificultad á escribirlo; aquella época, en que el hogar se veía mancillado, y en que llovían multas y causas criminales sobre los periodistas que no pensaban como pensaban los que en sus manos tenían la máquina que regía nuestros destinos.

En esa época difícil, azarosísima, era Ale-

jandro Menéndez Director del *Diario de Cárdenas*, órgano del Comité local de Unión Constitucional de aquella ciudad.

Y él, que es de valor indomable, y de energías sin segundo, y que se crece en la lucha, entró en aquel rudo batallar como le ordenaba su conciencia y como lo demandaba su Patria.

Desde que la lucha, formidable, con ruidos de fiera, y con fuerzas de huracán empezó, Menéndez fué la víctima señalada á las iras de los adversarios, y la cabeza de turco sobre que descargaron todos los golpes.

Luchó bravamente, como él sabe luchar, y al principio, en la discusión razonada que fué como los primeros disparos de aquella gran batalla que daba comienzo, opuso razones á razones, argumentos á argumentos, lógica contundente á la falsa lógica del adversario. Pero bien pronto las pasiones se exacerbaron; bien pronto la lucha tomó nuevos aspectos, y desde el anónimo asqueroso, hasta el reto injustificado, toda clase de asechanzas rodearon al honrado periodista.

Despreció el anónimo, que á pesar del desprecio le hería por no poder castigar la injuria; fué al campo del honor é hirió á sus adversarios, y por último, viendo que todos aquellos procedimientos se quebrantaban contra el hombre superior, se buscó la gente de más baja ralea y extracción para que le atacasen, no con el insulto que deshonra al que lo lanza, no con la espada que deshonra también al que la desenvaina sin razón, sino con el garrote esgrimido en medio de la noche por el criminal, que deshonorado ya, na-

da por muy bajo y muy innoble que sea, puede deshonrarle.

Aquella agitadísima vida, aquel continuo batallar, aquellos ataques realizados en medio de las negruras de la noche, se traducían á la clara luz del día por bruscos ataques en la prensa; lo que por medios tan incalificables se perseguía, perseguíase en otras esferas por más altos medios y con más altos fines, en artículos, en discursos, en actos políticos á todos los cuales tenía que responder el político y el periodista.

En medio de tal vida, mucho más si á esto se añade sus ocupaciones como militar, tenía que escribir Alejandro Menéndez su diario. Solo el pensar lo que esa obra significa, lo que ese esfuerzo es, admira.

Más, si se piensa, que en su periódico, como órgano de un comité, tenía que mantener con toda serenidad las verdaderas doctrinas de su partido, al que se fustigaba y cuyas finalidades, querían falsearse á diario y á cada momento: que él debía ser quien conservase el fuego sagrado que en su mano se había depositado; el que pusiese correctivo á los que con falaces palabras querían, falseándolo todo, engañar á los mismos que formaban la agrupación atacada, y cuyo número se pretendía disminuir.

Obra colosal, inmenso esfuerzo, que mi pluma no sabe ni esbozar siquiera.

Allí no solo la inteligencia para la discusión; el valor para rechazar el ataque personal, la astucia para prever la emboscada, la energía para no dejarse rendir en tan continuo batallar, la inteligencia privilegiada para desbaratar los me-

jor urdidos planes, la más acrisolada honradez, para no presentar punto vulnerable en que el enemigo pudiese hacer presa; cuantas virtudes el hombre puede tener, de otras tantas debía mostrarse adornado por no ser vencido: vijilante en el sueño, sobre aviso en la vigilia, siempre arma al brazo esperando el ataque, tal fué su vida durante los mortales dias de aquella lucha sin segundo.

Y el mérito principal, no fué el esfuerzo empleado, ni la inteligencia usada, ni el valor demostrado, fué el triunfo conseguido.

¡Qué existencia la suya en aquellos dias! ¡Qué horas tan amargas las pasadas! ¡Qué suplicio al abrir las cartas y al esperar detras de cada sobre un anónimo insolente, y tras cada esquina un asesino!

Verdad es que tras tan amargos dias vino un dia en que su obra se vió coronada, en que sus enemigos quedaron desenmascarados, dia tristisimo para él, porque como buen español tuvo que sentir la misma amargura y la misma tristeza que sentía aquella otra vez en que se encontró por vez primera con enemigos que odiaban á España, á su idolatrada España, á la Pàtria adorada por la que él queria darlo todo, todo hasta su vida.

En medio de aquellas amarguras hubo un paréntesis gozoso, algo que fué como premio á sus virtudes.

Ese momento fué aquel en que reunidos los Constitucionales de Cárdenas, con motivo de ser el dia de su santo le festejaron.

Pero dejemos que relate un corresponsal de

un periódico habanero aquella fiesta inolvidable para la ciudad de Cárdenas, y más inolvidable todavía para Menéndez, que en medio de sus tristezas encontraba algún lenitivo á sus penas en aquel festival, y de él sacaba alientos para nuevas y más arriesgadas empresas.

Decía hablando de esta fiesta al periódico de la Habana *La Unión Constitucional* su correspondiente en Cárdenas:

“Cárdenas, Febrero 24 de 1894.

Sr. Director de *La Unión Constitucional*.

Muy señor mio y distinguido correligionario: Hace algún tiempo germinaba la idea entre algunos elementos de nuestro partido, de hacerle un presente, como prueba de aprecio y distinción por las simpatías que goza en esta ciudad entre los integristas puros, al valiente, honrado y caballeroso Sr. D. Alejandro Menéndez Acebal, director que fué del *Diario* y hoy redactor en jefe del *Eco de Cárdenas*.

A esta idea, acogida en un principio con gran júbilo, siguióla un entusiasmo indescriptible, aprovechándose para hacerla pública la noche de ayer, 26, fecha del natalicio del señor Menéndez.

Sabido es por demás, las mil emboscadas que se le han preparado á este honrado hijo del trabajo, á este obrero de la inteligencia, por aquellos que, llevando por porta-estandarte el escándalo y la difamación, habíanle jurado odio á muerte por el grave delito de que, mientras él ha estado al frente del órgano del comité integrista,

no han podido llevar hasta el fin sus bastardos planes.

Este y otros mil rasgos en que el Sr. Menéndez—digan lo que digan sus míseros enemigos personales—ha dado pruebas de ser un hombre honrado, de alma y corazón nobles al par que valiente, puro y generoso y un amigo leal, han contribuído para que ni uno solo de los afiliados al partido de Unión Constitucional se negase á contribuir con su óbolo á la gran manifestación de que fuè objeto; antes al contrario, todos, con un entusiasmo pocas veces visto, se adelantaban por temor de ser olvidados, pues no de otra manera puede interpretarse el que en el pequeño espacio de diez horas se reuniese la suma necesaria para el presente que la comisión gestora tuviese á bien designar.

Serían las ocho de la fausta noche de ayer, y ya no se cabía en la modesta pero graciosa y artísticamente amueblada morada de nuestro amigo; tal era el número de distinguidas damas y caballeros que llenaban los estrados del honrado hogar del querido y apreciado periodista.

Entre otros señores vimos á Suárez Prendes, Martínez, Ramos, Vega, Cambó, Palomino, Bermúdez, Loredó, Pérez [D. Marcelino,] Peláez, Pedemonte, y en fin, hasta el número de doscientos cuarenta, que nos sería imposible mencionar.

A las diez inició los brindis el Sr. Torre y Piña, antiguo compañero del Sr. Menéndez y actual director del *Eco de Cárdenas*, y en una improvisada dècima, tan oportuna como ocurrente, felicitó al Sr. Menéndez por su natalicio.

Siguió al Sr. Torre y Piña el chispeante se-

ñor Loredó, y despues de saludar á los laboriosos señores que con sus canas honraban el acto, y que con su acrisolada hanradez y constancia han llegado á ser el firme sosten de nuestro partido en esta ciudad, dado que, sin esa seriedad que es característica en nuestra agrupación, no defenderían con el calor y entusiasmo que lo hacen los principios integristas, manifestó el señor Loredó la satisfacción con que veía reproducida en Cárdenas una segunda edición, aunque en menor escala, de la gran manifestación hecha por nuestro partido en el teatro de Tacón de esta ciudad. Calificó el orador este acto como uno de los de más trascendencia que se han ejecutado en Cárdenas, tanto por el número de concurrentes como por la calidad, pues estaban representadas la industria, el comercio, la banca, el foro y cuanto de rico tiene este próspero, pero desgraciado país; creyendo el orador que si el actual ministro hubiese presenciado el acto protesta contra sus cacareadas *reformas*, desahuciaría á sus fingidos amigos, los que han tratado de explotar la *buena fé* de uno de los que se sientan en el banco azul, y cree lo de *buena fé*, por rechazar su conciencia que *allí* se pretenda llegue lo que por algunos se pretende *aquí*.

Por último, el orador exhorta al Sr. Menéndez para que continúe por la senda emprendida; que no desmaye, expresando que al reunirnos allí era solo con el objeto de darle fuerza moral, ya que la *material* la tenía.....y de sobra.

Terminó el Sr. Loredó saludando galantemente á las señoras que con su presencia daban más realce á la fiesta, brindando por España, por

el Partido y por su ilustre jefe el Excmo, señor Marqués de Apezteguía, y felicitando al Sr. Menéndez por las simpatías á que se ha hecho acreedor, las que deseaba sostuviese toda la vida, por merecerlo así el cumplido caballero en cuyo honor nos habíamos congregado.

Con grandes aplausos fué saludado el orador al terminar su galano brándis; al que siguieron otros señores, y haciendo el resúmen el Sr. Menéndez.

Empezó su discurso muy afectado por las pruebas de simpatía que recibía del partido de Unión Constitucional, al que habia sacrificado y sacrificaría, hoy más que nunca, todas sus aspiraciones y todas sus ambiciones; pues con una modestia que le honra, manifestóse sin méritos para aquella inolvidable manitestación que agradecía en el alma y que jamás se borrará de su memoria.

Hizo alusión al Gran Banquete, sintiendo el que no hubiese tenido oportunidad de manifestar en aquel gran acto lo que aquí expresaba, pues hubiera deseado enterar á todo el partido, á toda Cuba y á toda España, de las mil infamias que contra los integristas de Cárdenas han cometido personas que no hay para qué nombrar; manifestó el sentimiento que le causa el no haber podido pintar de cuerpo entero, á los que, por su elevada posición, están en el deber de enseñar á los ciudadanos el camino del amor á las leyes y el respeto á la verdad y á la justicia, y que léjos de hacerlo así, descenden al nivel del más mísero politiquillo, convirtiéndose hasta en agentes electorales; hizo mención de los hijos del país, á los

que tanto traen y llevan esos que se llaman *reformistas*, dijo: “No necesito yo defender á nuestro partido de la injusta acusación que se le hace, diciendo que nosotros odiamos á los nacidos aquí; y no lo necesito, señores, porque ya otros lãbios más autorizados y otras plumas mejor cortadas que la mía, han protestado de ello, tanto en el grandioso acto político realizado en Tacón, cuanto en las columnas de ilustrados periódicos defensores de nuestra causa. Yo califico de crimen el hecho de decir que los constitucionales odiamos á los cubanos; sí, crimen y nada más que un crimen resulta, puesto que con tal acusación se nos dice que odiamos á nuestros hijos, á nuestros hermanos y á nuestras esposas. Y como quiera que los peninsulares que venimos á este país á trabajar para su grandeza y para la grandeza también de España, por demás tienen probado un cariño y un amor entrañable hácia la familia, llegando á ser, como padres, excesivamente cariñosos; esa acusación, además de infundada resulta criminal, puesto que los que la lanzan deben su ilustración á esos mismos que llaman enemigos de los cubanos; y más infundada aún y burda al hacerla los llamados *reformistas*, poniéndose así en parangón con los enemigos de España, con los que hacen tan desastrosa propaganda. Aquí hay cubanos entre nosotros dignísimos, muy á gusto á nuestro lado, y nosotros nos honramos con que lo estén, y á esos cubanos ni les negamos la sinceridad de nuestra amistad ni los puestos á que se hacen acreedores por su honradéz, saber y patriotismo.”

Grandes aplausos interrumpieron varias ve-

ces al orador, por lo que comprendía que sus palabras eran por todos sentidas.

Terminó el señor Menéndez dando las gracias á todos y brindando por España, por el partido y por su ilustre jefe.

Serían las once de la noche cuando se terminó tan agradable reunión, de la que quedará á todos los asistentes un grato recuerdo, pues tendrá resonancia en lo que concierne al partido integrista de Cárdenas.

De usted, señor director, afectísimo atento
S. S. S. Q. B. S. M.,

El Corresponsal."

Hermosa fiesta, hermoso premio al periodista digno de tan alta recompensa.

Pero si el periodista en aquel día, tal motivo de júbilo tuvo, no había de tardar en tener motivo para la más grande pena de su vida.

En uno de aquellos artículos escritos al correr de la pluma, é inspirados por tantas asechanzas y tantas traiciones, y tantos ataques, como era objeto, hubo de injuriar al jefe de unos de sus adversarios. Fué denunciado y condenado á destierro.

Solo eso le faltaba para redondear su brillantísima historia: ser mártir.



ALEJANDRO Menéndez se enamora de cuanto es grande, hermoso, heróico y caritativo, y mucho más si á esas propiedades se une la de servir á la Patria, su ídolo de siempre.

Y cuando algo de esto se le presenta lleva á la obra sus energías de costumbre, sus entusiasmos de toda la vida, y trabaja en pró de la idea como incansable obrero.

Admira el cúmulo de asuntos á que dedica su atención. En aquella misma época, que he relatado más arriba, cuando como voluntario prestaba servicios á diario con las armas en la mano, como periodista sostenía ruda campaña, y como hombre tenía que luchar constantemente con toda clase de asechanzas, Alejandro Menéndez se dedicó en Cárdenas, con alma y vida á la constitución de una delegación de la Cruz Roja, la primera que en Cuba se organizó.

El veía que de la Península venían los soldados como él había venido en otros tiempos, que marchaban á la manigua como él marchó á fortalecer en ella su acendrado amor á la Patria, y que

al poco tiempo muchos de aquellos hombres jóvenes y robustos volvían anémicos y febriles, á llenar los hospitales. El servicio oficial aunque bien organizado, sorprendido por el gran número de enfermos, no de heridos, no era bastante, y Alejandro Menéndez, siempre noble, siempre arrastrado por sus sentimientos generosos, trabajó, trabajó mucho, y consiguió allí en Cárdenas constituir una delegación de la Cruz Roja que bien ha podido servir de modelo quizás á la de la Habana misma.

Allí se hicieron verdaderos milagros, y durante largo espacio de tiempo, en Cárdenas no hubo más enfermería que la de la Cruz Roja, y en ella fueron asistidos cuantos soldados enfermos llegaron, sin que la asistencia les costara un cuarto, y dándose el notable caso, sino estoy trascordado, que de los enfermos ingresados, que llegaron á ser ciento veinte y tantos, solo uno muriese.

Es verdad que en Cárdenas contaba Menéndez con unos cuantos caballeros tan entusiastas como él y unas cuantas señoras y señoritas de hermosísimo rostro, pero de más hermosas almas todavía, que cumplieron su sagrada misión como esas misiones deben cumplirse.

Se organizaron fiestas, salieron comisiones á pedir de puerta en puerta, hubo de todo, y el dinero no faltó para asistir aquellos de nuestros hermanos, cuya sangre no se derramaba por herida abierta por los proyectiles enemigos, pero que se empobrecía por el clima mortífero.

Lo que aquella Delegación fué, decíalo bien á las claras, y por modo bien elegante, un co-

responsal de *Las Villas* al dar cuenta desde la Habana de las fiestas que con motivo de la bendición del Estandarte de la Cruz Roja, bordado por las primorosas manos de la señorita Carmen Sánchez, se celebraron en Cárdenas.

“En Cárdenas no se han establecido aún enfermerías, decía el corresponsal de *Las Villas*, y hospital militar, cuantos heridos y enfermos han ido á la ciudad, tantos fueron asistidos por la internacional institución.”

“Cuenta la Delegación de Cárdenas con escasos recursos, pero le sobran caracteres y corajes grandes y hombres abnegados y mujeres sublimes que vida y tranquilidad dedican al socorro y curación de los soldados.”

“D. Indalecio Ramos es el Presidente de la Delegación de Cárdenas: su esposa doña Elvira Barbeira, la Presidenta dignísima de las damas de Caridad; este matrimonio que tan hermoso ejemplo presenta, rivaliza en sacrificios por los defensores de la Pátria.”

“Los secretarios de ambas juntas son la señorita Carmen Sánchez, una criatura sobre la cual el cielo ha derramado todas las virtudes, y don Alejandro Menéndez Acebal, Director de *El Diario*, Sargento Mayor de Plaza, jefe de la guerrilla local y patriota tan noble, tan desinteresado y tan valiente, que sin hacer á nadie agravios, concepto difícil encontrar rival que obscurezca sus merecimientos.”

“Vengo hace años, sigue diciendo el corresponsal, siguiendo paso á paso la vida de Menéndez: es el caballero sin tacha, es el patriota abnegado: es el español sin tilde, blanco de las iras

“reformistas primero y de las separatistas después. Al hombre que no tiene, pero le forman como *tacha infamante* que era exagerado tocante “á españolismo.”

“¡Qué crimen!”

“¡Qué envidiable es la historia limpísima de “ese gran patriota!”

Y en aquella fiesta por cierto, para que nada en ella faltase, para que fuera española por excelencia, hubo también su combate. Fue una de las partes de las fiestas, una velada en el Teatro, y en medio de la función, cuando el local estaba lleno, cuando palcos y butacas estaban ocupados por las más bellas y más elegantes mujeres de Cárdenas, los insurrectos dieron señales de vida haciendo descargas sobre aquel sitio que por el motivo de la función, de teatro se había convertido en templo.

Pero aquellas gentes nobilísimas, á quienes inspiraba la más santa de las virtudes, la Caridad, no podían dejarse intimidar para sus naturales enemigos, y entre el ruido de las descargas, y el fragor del combate que pronto se generalizó, contestando al fuego de los de afuera, el fuego de los de adentro, continuó la original velada, siu que una señora abandonase su palco, ni un hombre que no fuese soldado ó voluntario su puesto. Y hubo momentos que formaban extraño concierto el eco de las descargas, y el de los aplausos tributados á alguna frase inspiradísima que ensalzaba á España, ó á aquellos mismos que por España en aquel instante combatían.

Era aquello imponente, solemnísimo: aquellas debiles mujeres, tímidas por serlo, y asusta-

dizas por tímidas, oían con indiferencia el ruido de los disparos.

¡La indiferencia del bueno, del que cumple santos deberes ante el peligro!

Los trabajos de Menéndez eran conocidos por la Asamblea Suprema de la institución, y el Presidente de la Comisión Ejecutiva escribía á Menéndez en 28 de Septiembre, en una carta oficial y cariñosísima, lo siguiente:

“Muy bien me parece cuanto Uds. están haciendo en la Cruz Roja y lo aplaudo con toda mi alma, mucho más al considerar que Cárdenas fué la primera población de Cuba que tuvo la generosidad de iniciar en esa Isla la organización de nuestro caritativo instituto.”

“De todo cuanto esa comisión está haciendo doy cuenta á la Asamblea. la cual les comunicará oficialmente sus acuerdos.”

“Adelante, adelante, que con la fé, la Caridad y el patriotismo, se vencen las más árduas dificultades.”

La Asamblea premió los servicios de Menéndez. En 18 de Mayo de 1894, y previo informe de la Comisión de Recompensas, le otorgó la *Medalla de Oro*. En 1º de Agosto de 1895, fué nombrado *socio activo necesario*. Y en 8 de Mayo de 1897, la Asamblea Suprema, conformándose con el favorable dictámen emitido por la Comisión de Recompensas y el parecer de la Ejecutiva, en Junta celebrada el 4 del mismo mes, le otorgó la Gran Placa de honor y mérito que autoriza la R. O. de 20 de Junio de 1896.

Despues de reseñados tan eminentísimos servicios, poco valen y poco significan los que ahora podré reseñar, aunque son de tal naturaleza, que si concurriesen en otro cualquiera, bastarían para presentarle como distinguidísimo patriota, y hombre de grandes talentos.



OMO político, y creyendo que dentro de las filas del Partido de Unión Constitucional, servía á aquel grandioso ideal que él había servido en las filas del ejército, en las filas de los Voluntarios y en las de la Cruz Roja, á él se afilió y en él trabajó como trabaja en todo cuanto emprende, con fé, con entusiasmo, sin que ningún obstáculo le detenga, ni ningún peligro le asuste.

El Comité del Partido le nombró su Vice-Presidente, y desde aquel puesto, difícilísimo y de empeño, fué quien siempre había sido.

Allí se mostró como político sagáz, y como orador elocuente, y sus discursos que son muchos, respiran siempre, á más de una honradez política, acrisolada, y un acendrado patriotismo, un gran conocimiento de los hombres y de las cosas, y de los resortes del gobierno de pueblos de tan difícil gobernación como la Isla de Cuba.

FNAMORADO siempre de la Pátria, y dentro de este gran sentimiento de la Región en que nació, Asturias, admirador de sus grandes hombres y de sus grandes hechos, y á todas horas dispuesto á honrar aquellos que significan dias de grandeza para Asturias y para España, cuando se trató de honrar la memoria del ilustre asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos, Menéndez, sintió vergüenza al ver que los asturianos residentes en Cuba no cooperaban á tal obra que en honra y gloria de todos redundaba, y trabajó tambien con fé y con ahinco y consiguió que los asturianos de Cuba respondieran como debían responder al llamamiento de la Comisión Gestora del proyecto.

Y triunfó como siempre, y de aquella obra tan merecedora de elogios, son buenas pruebas los siguientes documentos.

El Diario de la Marina de 15 de Abril de 1891, dá cuenta de la reunión celebrada en los salones del Centro Asturiano con objeto de nombrar la ejecutiva que ha de realizar la colecta para contribuir á la erección de la estatua á Jovellanos, y dice:

“Entre otros acuerdos, los más importantes
“fueron un voto de gracias á D. Alejandro Me-
“néndez Acebal, Director del *Diario de Cárdenas*,
“por ser el iniciador de la idea en Cuba.”

La Comisión ejecutiva en Madrid, dirigió en
19 de Abril de 1891, la siguiente comunicación al
Director de *El Diario de Cárdenas*.

“La Comisión Ejecutiva de la Estátua de
“Jovellanos, ha sabido con la mayor complacen-
“cia la iniciativa del *Diario de Cárdenas* que us-
“ted tan dignamente dirige, en abrir una suscrip-
“ción en la Isla de Cuba á fin de coadyuvar de
“una manera eficacísima à la terminación del mo-
“numento que ha de inaugurarse este verano en
“honor de tan insigne patricio.”

“La Comisión, por mi conducto, aplaude des-
“de luego el amor á las glorias asturianas que
“usted como los demás individuos de la Redac-
“ción han dado muestras gallardas con ese mo-
“tivo, avivando con los escritos ya publicados,
“el entusiasmo de nuestros paisanos, que segu-
“ramente han de responder á su patriótico lla-
“mamiento, inscribiéndose en las listas de sus-
“cripciones donde figuran ya los asturianos que
“residen en las repúblicas hispano-americanas.”

“Reciban la Dirección y Redacción del *Dia-
“rio de Cárdenas* las gracias más sincéras y ex-
“presivas de la Comisión, que tengo la honra de
“representar y á la vez el testimonio de la consi-
“deración personal más distinguida que con tan
“grato motivo les envía S. S. Q. B. S. M.—*Acis-
“clo F. Vallin.*”


Con este mismo motivo, el Sr. Alcalde de

Gijón, dirigía á Menéndez en 16 de Junio de 1891, la siguiente carta:

“Muy señor mio: oportunamente tuve el gusto de dar conocimiento á esta Corporación Municipal de su muy atenta de 18 de Abril último— quedando enterada aquella muy satisfactoria, mente del resultado que produjo la noble y patriótica iniciativa de usted al abrir en esa importante ciudad, y por medio del diario que usted tan dignamente dirige, la suscripción para contribuir á la erección del monumento que se ha de inaugurar en este su pueblo natal el seis de Agosto próximo, á fin de perpetuar la esclarecida memoria del inmortal gijonés é insigne hombre de Estado, D. Gaspar Melchor Jovellanos.”


“Llena de agradecimiento dicha Corporación, acordó significar á usted por mi conducto, el entusiasmo con que ha visto que á pesar de las distancias que les separan de esta villa conserva usted indeleble recuerdo y cariño hácia ella, demostrando así que se le tenga por uno de sus más amantes hijos, y rogándole al propio tiempo que el reconocimiento de gratitud á que se ha hecho digno, se sirva también, hacer extensivo á aquellos que tan generosa y espontáneamente han contribuído á formar la lista de suscriptores, demostrando los unos que saben sostener vivo en todos casos el fuego sagrado del amor pátrio, y ensalzar sus glorias, y los otros, como son los suscriptores de Santander, Navarra y de esa Isla, que para ellos es el nombre de Jovellanos objeto preferente de su admiración y tributo.”

“Con este motivo tiene una verdadera com-
“placencia en ofrecer á usted el testimonio de
“sus consideraciones oficial y particular más dis-
“tinguida, el que es suyo aftmo, s. s. q. b. s. m.—
“*R. San Pedro*”

N otras esferas tambien ha prestado grandes servicios Alejandro Menéndez, y buena prueba son los cargos para que ha sido designado, entre los que se encuentran los siguientes.

Vocal de la Junta de socorros á los que habían sufrido perjuicios á consecuencia de los terremotos de las provincias del mediodía de la Península; Vocal de la Junta Gestora con el mismo objeto en 1885. Vocal de la Junta de Primera Enseñanza de Caibarién, en el mismo año: Vocal de la Junta Parroquial del mismo punto en 1886; representante en Caibarién de la Exposición marítima nacional de Cádiz en 1887: Socio de honor de la Asociación de Protección Mútua de licenciados del Ejército, Armada y Voluntarios de Cárdenas en 1890: Socio de honor de la “Escuela de Equitación de Cárdenas en 1894, y Presidente de Honor de la “Asociación de Dependientes del Comercio de Cárdenas” en 1896.

En la actualidad es, Vicepresidente de la Delegación de la “Cruz Roja en Cienfuegos”. Capitán Ayudante Mayor Secretario del Batallón “Voluntarios de Infantería de Marina” de esta misma ciudad y Director del periódico *Las Villas*.

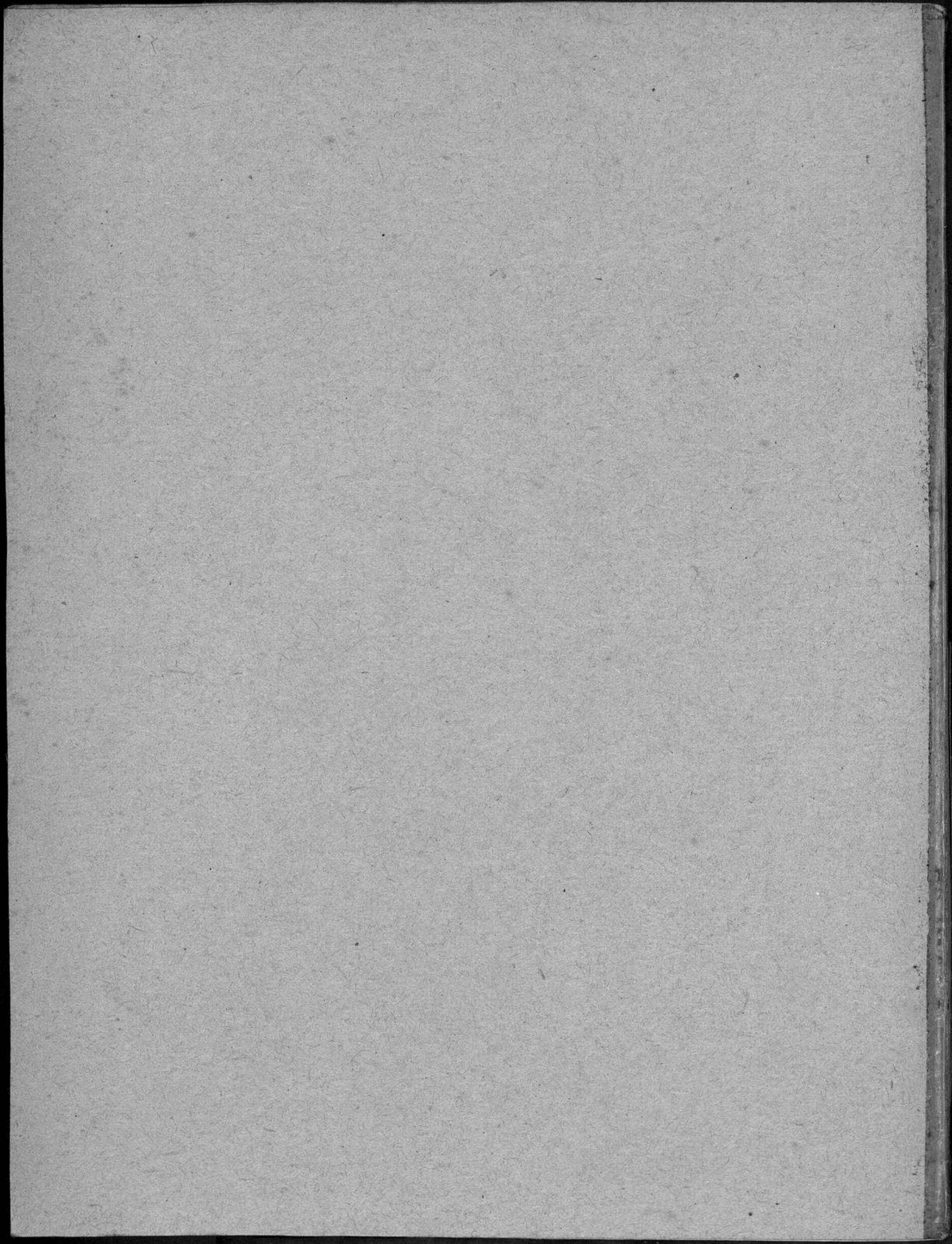
 E terminado estos apuntes á los que yo hubiera querido dar toda la riqueza de una completa documentación, toda la brillantez de un estilo elegante, y todo el interés de una relación anecdótica en que las pequeñeces de la vida, las frases ingeniosas y las situaciones culminantes se reúnen para formar de una biografía un libro, al par que de enseñanza, de entretenimiento.

Pero si en cuanto á deficiencias mias no está en mi mano el remediarlo, no lo ha estado tampoco, la pobreza de la documentación, ni la parte íntima de la vida del biografiado, porque éste mi trabajo ha tenido que ser más hecho con recuerdos de historietas oídas entre prueba y prueba en la Redacción, y recogidas por mí con avidéz, que con avidéz recojo siempre esos granos de arena, en tanto número repartido en nuestra sociedad cubana y que forman el verdadero baluarte de la integridad nacional.

Pero bien ó mal relatado, con muchos ó pocos documentos, siendo libro que encante al leerlo ó que el leerlo produzca sueño, aquí está en brevísimo extracto la historia entera de un espa-

ñol en Cuba, de uno de los muchos que aquí hay que dan cuanto tienen, fortuna, inteligencia y vida por su Patria.

Y aprendan los que allende de los mares, alejados de esta Isla, dicen que esos patriotas son solo explotadores enriquecidos con la sangre de no sabemos quien, lo que son, lo que valen y lo que hacen esos estrañísimos explotadores.



1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887